
Editorial

La disposición de la SEP cambiando los horarios escolares, como una medida de protección para la ciudadanía contra los graves efectos que la inversión térmica puede tener en la salud y la vida de las personas y especialmente de los niños, provocó grandes trastornos a las familias en las que tanto el padre como la madre trabajan con horarios estrictos.

Aun sabiendo que hay plena justificación para tratar de evitar el tráfico intenso durante la mañana en los meses de invierno, la medida se consideró arbitraria porque una vez más se obligaba al individuo, especialmente a las madres, a cargar con el peso de la responsabilidad para aliviar un problema que en primera instancia corresponde al gobierno solucionar.

El problema de la contaminación atmosférica ha alcanzado tales proporciones en el D.F., que ya nadie puede desentenderse de él, ni se puede sentir la participación que se asuma como un apoyo al gobierno o al partido en el poder, sino como un apoyo a la propia salud, una defensa de la vida misma y el hacer las cosas sin que las autoridades tengan que obligarnos.

La muerte de cientos de pájaros hace un año, fue un dramático aviso de lo que puede suceder con los habitantes de la ciudad de México si no actuamos conforme a nuestros intereses, que en este caso sería hacerlo individual y colectivamente para obligar y obligarnos a recuperar la limpieza del aire y del Valle de México.

Cuatro millones de vehículos despidiendo monóxido de carbono y gases de plomo; otros tantos millones de fumadores empedernidos llenando de humo la ciudad; cientos de fábricas sin equipo contra la contaminación; miles de personas calentándose o celebrando con fogatas; cientos de miles de botes de aerosol facilitando la aplicación de diversos productos; todos ahogándonos en nuestra propia inconciencia.

¿De qué sirve buscar culpables?

Esta ciudad es nuestra y estamos obligados a procurarle la salud que entre todos le hemos robado. 